

LA IBERIA MÉDICA,

PERIODICO OFICIAL DE LA ACADEMIA QUIRURGICA MATRITENSE

Y DEL

CUERPO MEDICO-FORENSE DE MADRID.

AÑO III.

MADRID 30 DE MARZO DE 1859.

NÚM. 18.

RESUMEN.

ANUNCIO

SECCION GUBERNATIVA.—Necesidad urgente de una ley de Sanidad.

SECCION TEÓRICA.—**Revista de Academias.**—Reseña de la sesion de la Academia de Medicina de Madrid del dia 24 del actual.—Discurso pronunciado

por el Dr. Mata en la sesion del 10 del actual. (con tinuacion.)

SECCION DE VARIEDADES.—**Crónicas.**—**Montepio facultativo.**

Se publica los dias 5, 10, 15, 20, 25 y 30 de cada mes.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Cuatro reales al mes.

Doce un trimestre.

Veinte y cuatro el semestre.

Cuarenta y ocho un año.

Ultramar y extranjero cien reales al año.

Satisfaciéndolos siempre adelantado.

EN PROVINCIAS.

Pagando adelantado en la administracion por **en-cargado**, letra de giro mútuo de Hacienda, de fácil cobro ó sellos, **quince reales** un trimestre: **treinta** un semestre y **sesenta** un año.

Pagando por medio de corresposnal, **diez y seis reales** un trimestre: **treinta y dos** un semestre y **sesenta y seis** por un año.

La Redaccion y Administracion se hallan establecidas en la calle de Jardines, número 20, cuarto 3.º de la izquierda. Las horas de oficina, son de diez á tres todos los dias no feriados

MADRID. 1859.—IMPRENTA DE ANTONIO AOIZ, calle del Baño, núm. 7.

BOLETIN.

ADVERTENCIAS.

Rogamos á nuestros suscritores que no han satisfecho el importe de su suscripcion correspondiente á los meses anteriores, se sirvan remitirle en sellos de franqueo, libranzas del giro mútuo de hacienda, ó letras de fácil cobro, ó abonarle en esta redaccion por persona encargada al efecto antes del día 5 del próximo mes de abril, en que se les girará. Esperamos de la deferencia, á que estamos muy reconocidos, verifiquen el pago del modo dicho, y antes del referido día, evitándonos de este modo el trabajo y considerables quebranto que el giro proporciona á las empresas periodísticas.

2.^a Los que no hubiesen recibido el índice de lo publicado en los números correspondientes al año anterior, ó aquellos á quienes faltase algun número para completar su coleccion, pueden reclamarlo en todo el corriente mes é inmediatamente se atenderá á sus reclamaciones.

3.^a Quedando algunas, aunque pocas, colecciones de los dos años anteriores de nuestro periódico, si alguno deseara adquirir las, puede dar aviso á esta redaccion, calle de Jardines, número 20, cuarto 3.^o de la izquierda, satisfaciendo por cualquiera de los medios espresados, la cantidad de treinta rs. si quisiese la correspondiente al año de 1857 (1.^o de nuestra publicacion), y cuarenta si la correspondiente al de 1858 (2.^o de la misma).

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE LA IBERIA MEDICA.

A D. N. I., Ciruelas, se recibieron los sellos.

A D. P. V., Brillas, se ha satisfecho el importe de su suscripcion por medio año.

A D. M. B., Castañar de Ibor, se ha satisfecho el importe de su suscripcion por medio año.

A D. M. C., Torre Blasco Pedro, se ha satisfecho el importe de su suscripcion por un año.

A D. M. S., Villas, se ha recibido la letra.

A D. F. C., Avila: revisados los libros de asiento, consta pagada la cantidad á que V. se referia en su última de 5 de febrero.

A D. R. G. y G., Cangas, se hará su encargo.

A D. J. A. C., Cantalpino, se ha satisfecho el importe de su suscripcion por un año desde marzo.

A D. F. B., Lesaca, se recibieron los sellos.

ANUNCIO.

Materia médica homeopática.

Patogenesia de los medicamentos llamados brasileños; publicacion del Instituto homeopático de Rio-Janeiro.

Un tomo en 8.^o Véndese en Madrid en la botica de don Cesáreo Martin de Somolinos, calle de las Infantas número 26, á 20 rs, y en provincias 22, franco de porte.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid, en la Redaccion, calle de Jardines, número 20; cuarto 3.^o, y en la librería de D. Carlos Baylli-Bailliere, calle del Príncipe, núm. 11.

En provincias, dirigiéndose á la Redaccion, ó en casa de nuestros corresponsales, que á continuacion se espresan.

Albacete, don Ignacio García.—Alcalá de Henares, don Antonio Villarreal.—Alcoy, viuda é hijos de Marti—Alicante, don Basilio Planells.—Almeria, don Mariano Alvarez y don Antonio Cordero, impresor.—Antequera, don José de los Rios.—Arnedo, don Salustiano Miez Liébana.—Ávila, don Fernando Castresana.—Badajoz, viuda de Carrillo y sobrino y don Vicente Barroso.—Barbastro, viuda de Lafita.—Barcelona, don José Martí y Artigas y la Agencia médica catalana.—Bi bao, don Tiburcio Astuy.—Brihuega, don Blas Lopez Andino.—Búrgos, don Timoteo Arnaiz.—Cáceres, señores Concha y compañía.—Cádiz, don Bernabé Ferreiros.—Calatavud, don José García Rives.—Carmona, don José María Moreno.—Castuera, don Ezequiel Guzman.—Ciudad-Real, señor de Malaguilla.—Ciudad-Rodrigo, don Salomé Perez.—Coruña, don Celestino Alvarez.—Estella, don Manuel Galdeano.—Ferrol, don Nicasio Tajonera.—Gandesa, don Tomás Lamarca.—Gerona, don Manuel Rich.—Granada, don José María Zamora.—Gualajara, don José Martinez.—Haro, señor de Sevilla.—Huelva, don José Vicente de Osorno é hijo.—Infantes, don Francisco Gonzalez Conde.—Jaen, don Francisco Menor.—Jerez de los Caballeros; don Ildefonso Sanchez Palacios.—Leon, don Cayetano Fernandez.—Lérida, don José Pifarré.—Lugo, señor de Soto Freire.—Mahon, don Jaime Ferrer.—Málaga, La Puntualidad.—Martos, don Francisco Menor.—Mataró, don José Aba-

dal.—Murcia, don Antonio Hernandez Ros.—Orense, señor de Ferreiro.—Oviedo, señor don F. Alvarez.—Palencia, don Gerónimo Gamazon.—Palma de Mallorca, don Pedro José García.—Pamplona, don Cándido Bermeo.—Ponferrada, don José María Valdivieso.—Pola de Lavia, don Nicolás Rodriguez Luna.—Pontevedra, don José Vila.—Puerto de Santa Maria, don José Valderrama.—Rioseco don Francisco María Gago.—Ronda, don R. Gutierrez y señor Moreti.—Salamanca, don José Vitoria García y señor Moran.—Santander, don José María Riesgo.—Sevilla, señor de Geofrin y señores hijos de Fé-Compañía.—Santiago, don Angel Calleja.—Segovia, don Vicente Ruiz.—Soria, don Francisco Perez Rioja.—Tarragona, don Tomás Auriu y señor Ainal.—Teruel, don Joaquin Bux.—Toledo, don Venancio Moreno y Lopez.—Tolosa, don Lope Boenaga.—Toro, don Valeriano Alvarez.—Tortosa, don Francisco Despachs.—Trempe, don Ambrosio Perez.—Tuy, don Manuel Martinez de la Cruz.—Valencia, don José Santamaría.—Valladolid, señores hijos de Rodriguez.—Valls, don Francisco Janmejoan.—Vergara, don Luis de Otaño.—Vitoria, don Bernardino Robles.—Zamora, don Pablo Fernandez.—Zaragoza, don Joaquin Yagüe y don Roque Galifa.

Ultramar: Habana, don J. B. Cantero y Seirulló.—Puerto-Rico, don Eduardo Acosta.—Lima, don José Macias.

Estranjero: En París, J. B. Bailliere et fils.—En Londres y New-York, H. Bailliere. Lisboa, Rolland Semion.—Oporto, Moré, y Revista de pharmacia é ciencias accesorias do Porto.

En las poblaciones que no se mencionan, en casa de los corresponsales de don Carlos Bailli-Bailliere, y en las principales librerías.

SECCION GUBERNATIVA.

NECESIDAD URGENTE DE UNA LEY DE SANIDAD.

Tiempo hace y no poco, que abandonadas las clases médicas al acaso, y gobernadas en lo relativo á la profesion mas que por una ley comun, y propia de su servicio, por opiniones mas ó menos justas y acertadas de subalternos de la administracion general, reclaman la supeditacion á una norma comun á todas y por encima de los caprichos ó del juicio de aquellos. Mucho tiempo ha que se halla prometida y hasta oficialmente por el ministro de la Gobernación en la Cámara legislativa la ley de Sanidad ansiada pero tanto tiempo para que es justo preguntar de nuevo por ese esperado Mesías de las clases médicas. Dijose no ha mucho que pronto se sometería al juicio y discusion de las Cortes presentes, por manera, que á no ser aquella promesa, un aquietador medio, de las impacencias de la clase y de la de algunos diputados muy interesados en su porvenir, la ley en cuestion debe aparecer en breve al público debate parlamentario. Sensible es, que en medio del ardor con cuestiones de un interés material tan del orden del día como todo lo correspondiente al fomento, y principalmente á las obras públicas, no permitan los sostenedores de las cuestiones que á ellas atañen, una tregua para que la cuestion no menos importante de Sanidad se resuelva de una vez de un modo completo y satisfactorio, en relacion con las necesidades del país, los intereses de la administracion pública, y los merecimientos justisimos de las clases que se consagran al orden sanitario. Por lo que tarda en aparecer á juicio la ley sanitaria, tiempo ha tenido de ser bien meditada y resultar tal vez la mas estensa y acabada que se haya conocido, pero tememos mucho, que ligadas algunas cuestiones que á ello atañen con intereses públicos, para cuya mejora pueden abogar de diverso modo los diferentes é infinitos partidos conocidos, encuentren en ella como en todo medio de hacer la oposicion al Gobierno que la presente, y desvirtuen así en los resultados del escrutinio la influencia que hubiere de producir aprobado en gran parte segun se presentára, dado caso que por lo detenido de su confeccion, hubiera de ser la mejor y mas justa y conveniente. Por otra parte, la poca representacion que las clases médicas tienen en el Congreso, la falta de iniciativa en el Consejo de

Sanidad, todo viene á contribuir en gran manera, á temer mucho por el resultado final de la cuestion que tratamos, en provecho de la clase y bien de la Sociedad. Ella es urgente cada vez mas, porque si bien la anterior ley se tenia olvidada, á medida que el tiempo pase, se la relega mas y mas al pasado, y dormido en la esperanza del bien futuro, se gobierna casi de capricho, y aunque con buena intencion, con falta de unidad y armonia; las frecuentes quejas que en lo relativo al modo como se obliga en cada parte al servicio de los partidos, se reciben todos los días, la falta de cumplimiento de convenios pactados con todás las seguridades legales las intrusiones incesantes, el modo como en la mayoría de las poblaciones y aun capitales, se desempeña el servicio médico forense, la desatencion de la higiene pública, la falta de provechosos datos estadísticos, todo reclama un definitivo y radical arreglo. El Gobierno cuenta si quiere con elementos en lo pasado, para poder dar sin duda alguna la mejor de las leyes sanitarias, porque concienzudos trabajos relativos al arreglo de los partidos y á la organizacion mas conveniente de las clases médicas, pueden servirle para poder concretar de ellos, para sintetizar en breves fórmulas los mas interesantes pormenores para el bien estar de las clases y provecho de la Sociedad. Todo en Sanidad es verdaderamente importante, pero el arreglo del servicio médico de partidos, como el que atañe de un modo forzoso á la mayor parte de la sociedad, debe llamar su atencion procurando dar al profesor autoridades propias pero verdaderas, haciéndole hasta donde sea posible independiente en lo médico, de las locales para que así ejerza algunos de los pormenores de su mision con mas libertad en provecho del bien público. Las actuales dotaciones en los partidos exiguas por punto general, son insuficientes para el decoro de la profesion, y para dar al médico el porvenir que otras clases se proporcionan: el médico al concluir por punto general su larga práctica, no encuentra por recompensa mas que la satisfaccion del bien que ha prodigado, pero esto no es bastante, porque el hombre necesita para vivir algo que no es ni la fama ni la gloria, y los hijos no se educan ni la familia se sostiene con la distincion que el recuerdo de lo pasado proporciona, cuando los demás lo aprecian, ni con la satisfaccion de conciencia de haber hecho bien cuando aquella opinion falta: el médico, por punto general, viene siempre á dor-

mir su ancianidad sobre un lecho de espinas, por mas que su alma se estase dominando la debilitacion del cuerpo en la contemplacion de la escelencia de bienes que supo repartir, y en medio de estas auras de delicia, morirá como él necesitado á quien no basta á alimentar el aroma de los mas exquisitos manjares. El médico pues, necesita para su profesion como servicio público, una recompensa que no tiene y el Gobierno debe seriamente pensar en la creacion de categorías y de premios que le satisfagan esa necesidad cada vez mayor, con las exigencias de la civilizacion presente. La carrera médica, tiene en si puertas que el Gobierno debe abrir sin temor de que no puedan ser atendidos los servicios que por ellas se presten: la riqueza pública aumenta, el comercio y la industria se fomenta, la navegacion se facilita y multiplica, la España está dispuesta al progreso rápido de otras naciones, y mientras esto suceda, no es justo que la clase social que la proporciona salud, fuente de todo bien, riqueza y prosperidad, no halle en su vuelo por grande que sea, pago en el progreso y aumento de fortuna de las demás y aspire como todas á las mejoras positivas que estas alcanzan: si las demás se mueven las clases médicas marcharan como todas, adelante.

Dr. Andrés del Busto.

SECCION TEORICA.

REVISTA DE ACADEMIAS.

ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.

Sesion científica del dia 21 de marzo.

Abierta la sesion á las tres y veinte minutos, y despues de ocupar la presidencia el Sr. Leganés y tomar asiento los académicos Sres. Mata, Castelló, Ametller, Calvo, Santero, Perez, Ruiz Salazar, Nieto, Castelo, Mendez Alvaro, Luna, Avilés, Seco, Benavente, Escalada, Colodron, Soler, Caballero, Gonzalez Crespo, Altés, Asuero y otros, se leyó el acta anterior y quedó aprobada. El Secretario dió cuenta de algunos asuntos y acto continuo, tomada la venia del Sr. Presidente, el Sr. Castelló tomó la palabra y empezó por hacer una ligera reseña de lo que habia dicho en la sesion anterior, tanto para venir en conocimiento exacto del punto en que quedó, quanto porque resultase como un cuerpo de doctrina compacto y uniforme. Empezó á hablar del caudal de conocimientos de Hipócrates que, aunque confesó eran escasos en algunos ramos, eran, sin embargo muchos, por mas que el Sr. Mata dijese que no sabia fisiología, higiene, patologia, etc., en lo que se manifestaba injusto dicho señor, pues queria exigir de un hombre solo, lo que es propio de muchos hombres, de muchos pueblos,

de varias generaciones. Que aun cuando fuese cierto que era pobre en conocimientos, comparado con los del dia, sin embargo, en anatomia, no, como lo prueba su tratado de aires, aguas y lugares y otros (en que manifiesta algunos conocimientos, sobre todo, en osteologia: que juzgar á los hombres por la época en que vivieron, era faltar á las reglas de la crítica: que Hipócrates conoció las divisiones auriculares y ventriculares del corazón, así como las válvulas sigmoideas ó semilunares: que sus obras no representaban su saber, pues escribió poco y aun hay quien dice que no escribió sus propias obras. Dijo que en España se escribía muy poco y no por eso podia decirse que no se sabia medicina: al contrario, citó como comprobacion de esto que en la guerra de la Independencia eran buscados los médicos españoles, aun por los mismos oficiales del ejército francés, á pesar de que tenían buenos y reputados profesores de Sanidad y citó el método de Quercetó para la curación de los heridos. Dijo que un autor, poco posterior á Hipócrates, habia dicho que el anciano de Coos se proponia hacer algunos tratados acerca de la estructura de las glándulas y de anastomosis y que esto probaba que tenia mas conocimientos de los que se le conceden. Manifiestó que en sus descripciones de enfermedades, citaba casi todos los órganos, y esto debia tenerse como prueba de que los conocia: confesó que habia confundido algunos órganos con otros, como tendones con nervios, pero que á pesar de que sus errores probasen algo en contra, con todo no podia decirse fueron escasos, aunque estaba muy lejos de compararlos con los de los modernos. Que en fisiología tenia muy pocos conocimientos, pero subimes, pues admitió el consentimiento de todos los órganos, sus simpatías, el consensus unus, el duobus doloribus, etc. Que en higiene era donde mas conocimientos lucia, sobre todo de higiene pública, como podia verse en su tratado de aires, aguas y lugares: que se habia ocupado de la influencia de los alimentos, bebidas y climas: que habia indicado el uso de las verduras, pescados, carnes, aguas de lluvia, corrientes, etc.: que habia indicado la influencia de los climas y de las estaciones, y que se habia ocupado del uso de las cosas higiénicas para la terapéutica, deduciendo de todo esto, que en las obras de Hipócrates habia mucha higiene. Que respecto á la patologia que algunos creen escasa porque no describe los sintomas de las enfermedades como en el dia, y sí solo el pronóstico, puede decirse que la tuvo é importante, pues se ocupó de los signos buenos y malos, de los sintomas como si dijéramos patognómicos.

Manifiestó el Sr. Castelló que él habia aprendido mucho en los aforismos de Hipócrates, y que aunque se diga que cualquier estudiante puede hacer mejores historias, no por eso deben creerse, que valen ni tanto como aquel hombre: que es verdad que no tenia descripciones minuciosas, pero sí señaló los síntomas culminantes, mas característicos: dijo, que en sus dudas habia consultado muchas veces á los autores y nunca habia quedado tan satisfecho como de las obras de Hipócrates. Que esto era culpa de la naturaleza y no de sus autores, que unos tenían mas sintomas y otros menos y esto era hijo de la mejor ó peor observacion. Que efectivamente no se podia com-

parar el caudal de Hipócrates con el de los modernos y sin embargo, hoy día no se cura mejor. Que cuantos medios hay para curar una enfermedad, mas difícil es curarla. Que cuando se ha conocido una enfermedad y se ha encontrado su remedio no ha habido ya mas que hacer; pero cuando no, cada cual ha añadido un nuevo remedio hasta reunirse un número fabuloso de ellos. Se hizo cargo de que nosotros no usamos todos los remedios de la terapéutica y manifestó que con pocos, se puede hacer mucho, y por el contrario, que con muchos, se puede hacer mucho malo.

Indicó que no todos sus aforismos eran buenos, pero que si la mayor parte, citando en comprobacion de esto algunos de los mas notables y llamado por Feijóo esterminador, injustamente, pues sin negar el mérito de tan erudito padre, dijo que no le habia comprendido. Qué muchas veces creemos indicada la sangria y aunque no se alivia el enfermo, si la indicacion está bien formada, insistiendo en ella, al fin se alivia: que esto se podia aplicar tambien á la quina, vomitivos etc.

Qué respecto al pronóstico, debia decir que, aun cuando no se hubiese descrito la enfermedad, si se habia conocido bien, bastaba para dar un acertado pronóstico y que podia citar muchos. Qué el sistema de Hipócrates, que segun el Sr. Mata, estaba fundado en el vitalismo y por eso le combatia, lo estaba tambien en el humorismo, en la teoría de las crisis, en el calido innato. Qué lo que Hipócrates dijo de los humores y los elementos y sus cualidades, estaba en consonancia con la verdad: que en su doctrina predominaron los humores sobre los sólidos y esto era una verdad, pues Chaussier los asigna en el cuerpo humano 9/10 y 1/10 para los sólidos, aunque no deba ser regla general, pues varian estas cantidades, segun los temperamentos como ya sospechó Hipócrates. Dijo que la crisis de Hipócrates existe, llamesela mezcla ó combinacion en los cuerpos: que la coccion no existia en el rigor de la palabra, pero habia algo de verdad en el fondo de esta teoría, en cuyo apoyo citó las diversas condiciones del flujo mucoso-nasal en un coriza ó catarro, en que va sufriendo alteraciones y cambios hasta experimentar los que vienen á caracterizar la coccion del flujo ó esputos. Respecto á las crisis manifestó que existian, pero negó la influencia de los números rones, conviniendo con el Sr. Mata en que las enfermedades tienen por necesidad varios periodos, asi como los tiene la vida del hombre, del animal y del vegetal.

Que el número de dias es variable y seria un grave error, suponer que Hipócrates no conoció esta idea; que en término medio podia establecerse que los cambios se verificaban en épocas fijas. Que era cierto que las diversas condiciones los hacian variar, pero que la variacion nunca era tan grande, sucediendo con ellos, lo que en el parto natural que por mucho que se separase de los nueve meses, nunca es sino dias mas ó un mes, aunque sobre esta cuestion pudiera señalarse á algunos como muy cándidos y á otros como muy maliciosos. Que estas variaciones se veian hasta en los actos fisiológicos respecto al tiempo, pues la digestion puede necesitar mas ó menos tiempo para verificarse. Sobre estos puntos se reservó hablar mas para cuando presentase una memoria á la Acade-

mia. Del calido innato dijo que sonaba mucho, pero que existia y acompañaba al cuerpo humano desde que aparecia el óvulo en el seno materno, tanto que sin él no podia tener completo desarrollo en la vida intrauterina y luego en la fetal. Al hacerse cargo del vitalismo, dijo que si Hipócrates no hubiera sido vitalista, no le habria atacado el Sr. Mata. Preguntó si desechar el vitalismo, queria decir negar la vida; que en tal caso, esto era un absurdo, pues todos tenemos vida y conciencia de ella, asi como la propiedad de vivir, como los demás objetos tienen sus propiedades de color, olor etc.

Que efectivamente los cuerpos orgánicos é inorgánicos obedecian á leyes físicas y químicas, pero que no se podia negar por eso que obedeciesen á otras leyes: que las funciones vegetativas é interiores, propias del cuerpo humano se esplicaban en su mayor parte por leyes físicas y químicas, pero que todo no se podia explicar solo por ellas. Que todo lo físico y químico de la fisiología se podia explicar así, pero lo que no, no era posible, porque la esencia de la vida no se conocia. Que se conocia la parte mecánica de las funciones de la vida, pero que en ellas habia algo mas que no sabemos, ni sabremos. Preguntó si el dolor y el pensamiento eran físicos y químicos, y dijo que si estos estaban en condiciones distintas, era porque estaban en condiciones de vida, que nunca se esplicarán por la física y la química. Manifestó que iba á concluir con algunas ligeras reflexiones: dijo que Hipócrates estaba escaso de conocimientos en fisiología, no tanto en anatomia y era rico en patologia é higiene: que la medicina no era indudable, pues si lo fuera, todos serian médicos: que la ciencia de las combinaciones era necesaria, pero que el quid estaba en hacerlas: que en el alfabeto se hallaban la Eneida y el Quijote, pero la dificultad era combinar sus signos para producir tan notables obras. Que la certeza de las matemáticas era absoluta y la de la medicina relativa; que las matemáticas puras sin aplicacion eran materia bruta como la piedra sin labrar. Que no veia razonado el ridículo con que el Sr. Mata habia combatido á Hipócrates, siendo así que habia reconocido en él una gran figura, le habia presentado como representante de una época y hasta como huella de la humanidad. Que no conocia ninguno que pudiera compararse con Hipócrates, y que así como el Sr. Mata habia dicho que si desaparecian todas las obras posteriores á aquel, quedaria la medicina en mantillas y en notabilísimo atraso, él yo via la oracion por pasiva, aplicándola al caso de que desapareciesen las obras de Hipócrates, pues con ellas desaparecerian el método, la influencia y sus doctrinas. Que para traer al criol del libre exámen á los grandes hombres de la ciencia, era preciso poder y saber, hallándose adornado el que lo hiciese de los conocimientos teóricos y prácticos necesarios para juzgar y juzgar bien. Que deseaba que los jóvenes suspendiesen su juicio, y no creyeran en tanto, ni al Sr. Mata, ni al orador, hasta tener datos bastantes para ello. Que no era amigo de pelear, que se habia opuesto á que se abriera discusion acerca del discurso inaugural del Sr. Mata, aunque no fuera mas que por no darle gusto. Escitó á la juventud á que se tomase tiempo y estudiase la cuestion y

tuviera en tanto presente *que mas valia detener el paso, que caminar entre tinieblas.*

El Sr. presidente concedió la palabra al Sr. Calvo, inquiriendo antes, si seria muy largo su discurso, y como dicho Sr. contestase que le tenia dividido en dos partes, una oral y otra escrita, de las que esta era mas larga que aquella, cerró la sesion hasta el proximo jueves, pues las horas de reglamento habian pasado.

Luque.

ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.

Discurso pronunciado por el Sr. D. Pedro Mata en la sesion del día 10 del actual.

(Continuacion.)

La resolucion de los problemas de inoculacion de las viruelas, contagio de la tisis, enfermedades incurables, etc.

La policia médica para atajar los progresos de las viruelas, mal venéreo, peste, etc.; el arreglo de las botillerias y cocinas.

El modo de destruir la anarquía médica, quirúrgica y farmacéutica, desterrando toda clase de charlatanes y curanderos, mas perjudiciales que la misma peste.

La averiguacion de la falsificacion de drogas.

Por último, el examen de varios especificos, remedios nuevos, milagros, portentos, monstruosidades y otros sucesos estraños.

Hé aquí, señores, todo lo que encargaba el buen Carlos III á la academia, y en ese largo catálogo que yo os he presentado en resumen, no se vé ondear bandera, doctrina ninguna particular. El discreto monarca no prejuzga cuestion alguna, no pone su estampilla en los principios científicos, dejo en libertad á los señores académicos de llevar á cabo todas esas cosas como mejor lo entiendan. Hace, en fin, como Dios con los filósofos en las cosas no dogmáticas; se las deja *disputationibus eorum.*

Ya que en la historia de la academia, en las reales cédulas y en el plan de las ocupaciones de aque la no haya nada relativo á la doctrina hipocrática, ni suene para nada esta doctrina, ni su fundador el *padre Hipócrates*, veamos si en los estatutos hay algo.

Respecto de aquellos documentos dirán tal vez algunos, con ese ingenio y travesura que los caracteriza, con ese ardid con que pretenden escaparse por la tangente, que no es ese el lugar donde debe buscarse una doctrina.

Pues los estatutos les acabarán de quitar la poca fuerza de sus sútiles razonamientos. En los 32 artículos de que constan esos estatutos, no hay uno solo que tenga semejante significacion ni tal intento.

Y cuenta, señores, que lo primero que hace toda sociedad, toda corporacion científica de doctrina determinada, oficial, es consignar, en el primer artículo de sus estatutos, el objeto que se propone, la doctrina á cuya propagacion y defensa se consagra.

Es el mástil, en cuya punta hace flotar su gallardete, el palo del buque donde larga su bandera.

Pues bien, en esos estatutos no hay nada de eso; no

tienen doctrina determinada; en ese buque, ni hay gallardete ni bandera propia, lo cual quiere decir que las tiene todas, que todas caben en él.

El plan de las ocupaciones trazadas por el rey Carlos III es la bandera de la Academia, y esa bandera es el cuadro de todos los pabellones, de todas las escuelas, lo cual significa que no determina, que no singulariza, que no prefiere ninguna.

Si otros muchos hechos no acreditaran la sabiduría y aplomo de Carlos III y los que le aconsejaban, bastaria esa manifiesta neutralidad para ponerlos en evidencia.

El catálogo de los individuos académicos con sus cuatro clases, prueba tambien que habia de todo en ellos, que no todos llevaban el uniforme hipocrático. Son 33 numerarios, 1 supernumerario, 7 asociados y 54 correspondientes, como los llamaban entonces, todos nacionales; y hay además 20 asociados y 51 correspondientes extranjeros. ¿Creeis que entre tantos hombres pudo haber uniformidad de doctrina?

En la historia de la Academia he leído que hubo entre los antiguos académicos algunas disensiones funestas para la corporacion; no sé si fueron solo por preferencias personales, ó por disidencias de doctrina; lo que sí sé es que nombrando vice-presidente D. Andrés Piquer, en tiempos en que ya no era mecánico á lo Boerhaave y Borelli, sino médico hipocrático, fué tan mal recibido su nombramiento, que los socios no acudian á las sesiones, y la Academia decayó.

¿Creeis, señores, que ese acontecimiento fué debido á malas y miserables pasiones mas bien que á la diferencia de doctrina? ¡Quien ha de pensar tal cosa de una academia! Aun cuando así fuera, siempre resultaria que el entusiasmo de aquellos académicos por las doctrinas hipocráticas, no se hizo superior á sus pasiones, cuando no las acalló.

Vengamos ya señores, á las memorias contenidas en el tomo de que llevo hecha mencion, ellas son las que mas nos han de demostrar que la Academia de medicina no fué (por lo menos desde 1732 hasta 1797) hipocrática, como tan sin fundamento lo han afirmado los ilustrados y eruditos redactores del *Siglo Médico*, y el no menos ilustrado y erudito autor de la *Vindicacion de Hipócrates y su sistema.*

A 20 ascienden los escritos científicos de la Academia, reunidos en el tomo único que posee impreso y encuadernado, divididos en cuatro *disertaciones*, tres titulados *observaciones*, nueve *memorias*, un *apéndice*, un *resumen*, un *discurso*, y un *ensayo apologético.*

Voy á deciros, señores, los títulos de esos escritos, siguiendo el número con que están en el tomo y en el índice, no para los señores académicos que ya lo saben sobradamente, sino para los que no tengan noticia de dicha obra.

Disertacion quimico-fisiológica, sobre la respiracion y la sangre consideradas como origen y primer principio de la vitalidad de los animales, por el Dr. D. Ignacio María Ruiz de Luzuriaga.

Apéndice paralelo de los esperimentos que publicó el Dr. Girtanner en el diario de fisica del mes de agosto de 1790 en su memoria sobre la irritabilidad considerada

como principio de vida en la naturaleza organizada, con los que publicó el Dr. Luzuriaga en su *Tentamen medicum inaugurale de reciproca atque mutua systematis sanguinei et nervosi actione*, impreso en Edimburgo á 12 de setiembre de 1786, por el mismo.

Observaciones sobre el cultivo del arroz en el reino de Valencia y su influencia en la salud pública, por D. Antonio Joseph Cavanilles.

Memoria sobre el azul de Prusia, por D. Luis Proust.

Memoria sobre la mina de hierro llamada vulgarmente Pirita, por el mismo.

Observaciones sobre el influjo de la luz solar, especialmente en la purificación del ácido nítrico, para que las aguas fuertes de los ensayos de oro no sean puras, por D. Domingo Garcia Fernández.

Discurso sobre un punto de medicina forense, por J. P. S. A. (la potencia de un hipospádico.)

Memoria sobre un medio de formar artificialmente las aguas marciales, sin que el hierro se oxigene ni se separe de ellas, por D. Gregorio Bañares.

Observaciones sobre la quina, por el mismo.

Resumen de las propiedades principales del platino, y usos que de él pueden hacerse, por D. Francisco Chabaneau.

Memoria sobre los efectos que produce el álcali volátil en las sustancias animales, por el Dr. D. Joseph Iberti.

Disertacion botánica sobre los géneros Tovaríá, Actynophyllum, Araucacia y Salmia con la reunion de algunas que Linneo publicó como distintas, por D. Joseph Pavon.

Disertacion médica sobre el cólico de Madrid, por el Dr. D. Ignacio María Ruiz de Luzuriaga.

Memoria sobre la ratanhia, por D. Hipólito Ruiz.

Memoria sobre la legítima calaguala y otras dos raices que, con el mismo nombre, nos vienen de la América Meridional, por el mismo.

Memoria sobre la chanchalagua, su diferencia respecto de la centaúra menor y sobre el comercio que se hace de ellas en el Perú y Chile, por el mismo.

Disertacion sobre las funestas consecuencias del estado de inercia del útero después de los partos que llaman felices, con los medios de curarlas y precaverlas, por don Juan Hirigoyti.

Ensayo apologetico en que se prueba que el descubrimiento de hacer potable el agua del mar por medio de la destilacion, se debe á los españoles, y se propone un nuevo método para desalar dicha agua, por el Dr. D. Ignacio María Ruiz de Luzuriaga.

Memoria sobre una dificultad de respirar, periódica, que manifiesta el influjo de la luna en el cuerpo humano, por el Dr. D. Antonio Franseri.

La simple enumeracion de esas memorias, disertaciones, observaciones y discursos, con la designacion de los asuntos sobre que versan, os demuestra, señores, lo poco que se cuidaban esos antiguos académicos de Hipócrates y su doctrina; muy al contrario, se vé por ellos que las ciencias físicas, químicas y naturales les llamaban con preferencia la atencion.

Notad, señores, la primera memoria que aparece en ese catálogo; es una disertacion *químico-fisiológica*; su au-

tor, el ilustrado y célebre Luzuriaga, demuestra con experimentos y razones, que la respiracion y la sangre son el principio de la vitalidad de los animales: el espíritu de todo el escrito es demostrar que en la accion del oxígeno del aire respirado sobre la sangre, que en la hematosi, está el principio de la vida, y no en el sistema nervioso. Y cuenta que el Sr. Luzuriaga fué un gran práctico, discípulo de Cullen, conocido en Inglaterra y Francia. Morejon hace de él un elogio y es bien conocido por su escrito sobre el cólico de Madrid.

Eso manifestará de paso al *Siglo medico*, que lo químico no esterba, como ha querido dar á entender, en uno de sus graciosos párrafos de crónica. No solo no esterba sino que hace falta; el médico que no sepa química en muchas ocasiones no sirve, y en las más es incompleto. Advertid, señores, que lo primero con que tropezamos, al registrar los trabajos de la Academia calificada de hipocrática, es un trabajo de índole igual á la doctrina que yo sostengo, á la doctrina que se considera como contraria á Hipócrates.

Si valiera usar aqui del lenguaje vulgar, diria que *al primer tapon zurrapa*.

Esta memoria abrió las puertas de la Academia al señor Luzuriaga, y tanto este como los demás trabajos del mismo autor y otros, se imprimieron con el voto y la aprobacion de la Academia, pues solo así podia ver la luz pública, segun el artículo 24 de los estatutos; lo cual demuestra que la mayoría, por lo menos, estaba por las esplicaciones químico-fisiológicas de los de vitalidad de los animales.

Ese mismo autor, en su disertacion médica del cólico de Madrid, tampoco se muestra muy amigo de la autoridad, ni es fanático por los antiguos; de aqui las palabras que inserta en una nota del discurso, donde indica que deberá preferirse la denominacion española de *entripado* á la de *cólico*, ó bien á la de *kiesalgia*, ó de *enralgia*, de origen latino ó griego, *sin ser idólatras serviles de los antiguos, admitiendo sin critica sus ideas erróneas*.

Creo, señores académicos, que con lo dicho basta y sobra para dejar demostrado que la Academia de Madrid en sus primeros tiempos no fué hipocrática, ni tuvo determinada doctrina, como sin fundamento lo ha consignado el doctor Santero en su discurso y el *Siglo medico* en sus columnas.

Ya habia pasado el hipocratismo del siglo XVI. La doctrina de Brown y sus luchas con Cullean dominaban el mundo médico; y en España ya no habia Felipes III que publicaran pragmáticas, mandando leer en las escuelas á Hipócrates, Galeno y Avicena.

Yo quisiera tener los escritos de esta sábia corporacion, desde 1797 hasta mi último discurso; para hacer de todos ellos igual exámen. Desgraciadamente no los tengo, no los he visto; ya os he dicho que no obran en mi poder mas que algunos cuantos, que he debido á la amabilidad y atencion del señor bibliotecario.

Los he buscado en la biblioteca de la Facultad y tampoco han podido proporcionármelos.

Mas no hacen absoluta falta para el caso; para probar que la Academia en tiempos mas cercanos á nosotros, y

sobre todo en la actualidad no es hipocrática, me bastan los pocos discursos que obran en mi poder. Si el del señor Coledron, que es uno de ellos, se manifiesta adicto á Hipócrates; si el Sr. Salazar, al propio tiempo que recomienda la aplicación de las ciencias físicas, químicas y naturales á la medicina, se declara contra los que pretenden asaltar con aquellas el trono de la ciencia de curar; en cambio hay otros que no dejan entrever ciega adoración á las doctrinas de Hipócrates, y hay uno sobre todo, el del doctor Hysern, que en su discurso titulado *La filosofía médica reinante*, critica y combate la escuela *empírico-racional* de Chemel y Dubois de Amiens la *orgánico dogmática* de Rostan y Bouillaud; la *metódico-dogmática*, de Rasori, Tommassini y Giacomini; la *eclectico-dogmática*, de Trousseau y Pidoux; la *hidriática*, de Priesnitz, y se declara por la excelencia de la *específica* ó de Hanhemann y sus discípulos.

He aquí, señores, lo que basta y sobra para probar que la Academia podrá tener individuos mas ó menos adictos á Hipócrates y sus doctrinas; pero que no es, á fuer de corporación, hipocrática en sus tiempos modernos; como no lo fué en los antiguos.

Si además de los discursos inaugurales, fuéramos á ver las doctrinas vertidas en las memorias de los socios que han entrado en ella, de los correspondientes y los dictámenes emitidos en las consultas ó informes que haya dado, ya sobre asuntos médico-forenses, ya higiénicos, estoy seguro, señores, que hallaríamos en ellos análoga diversidad de doctrinas.

Pero ya que no tengamos á la mano todos los escritos de los académicos modernos, para saber como piensa la Academia, cuál es su doctrina actual, no por eso nos han de faltar medios tan abonados para que se arraigue en todos nosotros la convicción mas profunda de que no puede apellidarse hipocrática.

¿Creeis, señores, podeis creer buenamente que desde principios de este siglo ha habido uniformidad de pensamiento en esta corporación, que no ha habido individuos en ella partidarios de Boerhave, de Brown, de Broussais, de Laennec, de Rostan, de Rasori, de Hanhemann y de cuantos han levantado banderas en el campo siempre agitado de las ciencias médicas?

¿Creeis que cuando ciertos sistemas han estado en boga, se han hecho de moda, no ha sucedido entre los académicos, lo que ha sucedido entre los demas profesores?

¿Concretándonos á los académicos actuales, creeis que puede haber entre ellos uniformidad de filosofía y de doctrina médica?

Yo quisiera que cada uno de los actuales académicos hiciera de un modo igual al mio su profesion de fé científica; que formulase los principios fundamentales de su credo en fisiología, patologia y terapéutica, y que nos hiciese ver hasta qué punto marchan de acuerdo su práctica y su teoría.

Yo quisiera saber, si se tienen por hipocráticos, cuál es el hipocratismo que profesan, si es el propio y genuino de Hipócrates, si es el de la escuela dogmática alejandrina, si el de Galeno, si el de los compiladores del Bajo Imperio, si el de los Arabes, si el del siglo XVI,

si el del siglo XVIII, si el de Montpellier, si el de Bartez, si el de Lordat, si el de la Revista médica de Paris, si el de Hahneman, puesto que tambien tiene la pretension de darse por representante de Hipócrates; si es un hipocratismo de nuevo cuño como e que ha consignado en su discurso el señor Santero.

Yo quisiera en fin, que puestos ciertos principios fundamentales de filosofía y medicina, se explicara cada académico acerca de ellos, para ver si todos están conformes, ó si se encuentran en disidencia, no solo sobre puntos culminantes, sino tambien sobre extremos contrarios.

Yo los estoy esperando; que hablen y veremos hasta que punto estan conformes.

De esta manera es como podremos averiguar á punto fijo como piensan todos, y cada uno de sus respetables miembros, y entonces y solo entonces podrá afirmar el señor Santero y el *Siglo médico* que la Academia es hipocrática y tenerse aquel, lo que ahora es una ilusion, por representante verdadero de esa corporación científica.

Para saber á punto fijo cual es la doctrina fundamental de una Academia, lo mismo que de una escuela, no basta una simple fórmula, una palabra vaga, ni un nombre á secas, y mucho menos cuando este nombre, esa palabra y esa fórmula, son susceptibles de interpretaciones diversas.

No basta decir somos *hipocráticos*, es menester determinar como lo son, porque los hay y ha habido de muchas especies, entre los cuales no ha reinado ni reinará grande armonía.

Hoy dia teneis a los hipocráticos de Montpellier en pugna con los de Paris; y aqui mismo en nuestra España en un artículo del señor Hoyos Limon, habeis podido ver como, al propio tiempo que se prepara para refutar mi discurso, sosteniendo el hipocratismo mompelleriano, se dispone á demostrar el pseudohipocratismo de Cayol.

Hay muchos que con decir soy hipocrático creen haberlo dicho todo; y no pocos hay tambien que hablan del grande Hipócrates y de sus inmortales obras sin haber visto jamás ninguna; semejandose en esto á aquel gentil hombre italiano que se habia desafiado diez veces sosteniendo que el Taso era mejor que el Ariosto, sin haber leído nunca ni al Ariosto ni al Taso.

Aun cuando el Sr. Santero fuese tan afortunado que, por no desairar su precipitado juicio, por no rasgar su cándida ilusion de ser el genuino y legitimo representante de la Academia, todos los individuos de esta se levantaran como un solo hombre y dijeran en plena votacion, somos hipocráticos, estamos conformes con la doctrina emitida por el Dr. Santero, yo les diria; estais profundamente equivocados, os engañais, ni sois hipocráticos, ni estais conformes todos en doctrinas y menos en afirmar que son vuestras las del autor del discurso que dá lugar á este debate.

No hace muchos dias que la academia ha tenido á bien declarar de una manera oficial, por medio de su órgano el *Siglo médico*, que las ideas de los académicos expresadas en sus discursos respectivos, pertenecen exclusivamente á estos, de ningun modo á la Academia.

Aunque sé tambien como el primero la historia de esa

declaracion, en mi concepto innecesaria é inoportuna, yo no puedo creer que la haya dado con otro objeto que el de considerarse libre de toda responsabilidad por las doctrinas de cada académico; que no quiere verse representada por ninguno de ellos en particular, en especial no dándole con un acuerdo tal mision; que se abstiene en fin declararse por esta ó aquella doctrina.

Cuando á pesar de ser una cosa de sentido comun y de todos demasiado sabida, la Academia ha querido manifestar al público que ella se declara indiferente á las ideas espresadas por los individuos que leyeren en su seno discursos ó memorias; claro está y es evidente que en eso quiere manifestar no solo su prudente neutralidad, sino la libertad de doctrinas, la amplia facultad de que cada académico opine como mejor le parezca; con eso quiere decir que ella no apadrina doctrinas determinadas.

Hé aquí, como si la Academia aspira á ser lógica, consecuente consigo misma, no puede aceptar la pretension del Sr. Santero, que se ha presentado como el intérprete fiel de la Academia, como representante; como la voz autorizada de la corporacion, contestando á mi discurso.

El discurso del Sr. Santero podrá tener toda la acogida que quiera, todas las simpatias que yo le deseo, en el fuero interno de cada uno de los individuos de la Academia; mas esta, como corporacion, segun su propio acuerdo publicado en el periódico oficial, no puede declarar que las ideas del Dr. Santero, son las de la Academia.

Pero no es eso todo, señores; para saber que la Academia no es hipócrita, que no tiene uniformidad de doctrinas, que hay en ella de todo, como en la viña del Señor, me sobran todavía las pruebas, las razones y los hechos.

Esa declaracion que la Academia hizo días atrás, está muy de acuerdo con la índole de esas corporaciones científicas y con el carácter de la época en que todas nos hallamos.

En ninguna Academia de esta especie hay ni puede haber uniformidad de doctrina. Ved lo que pasa en la Academia de París y de otras partes. Leed sus trabajos y sesiones, mirad lo que representa cada nombre notable de sus miembros, y vereis como salen allí todas las ideas, todas las doctrinas, todas las escuelas.

Cualquiera cuestion que se agita levanta disidencias fundamentales. La Academia parece tranquila, compacta en opinion; mas arrojad en su seno un punto controvertible y al instante estallan las disidencias; hace como los cuerpos que, cuando tienen equilibradas las electricidades parece que carecen de ellas, mas llega un agente que los polariza y al instante presenta un polo positivo y otro negativo; otro tanto sucede en las Academias. Casi no se trata de ningún punto doctrinal donde no haya tantos polos cuantos académicos; *quod capita tot sententiae*.

Y es lo que debe ser para que haya interés, emulacion, esclarecimiento de la verdad y verdadero progreso.

Las opiniones encontradas agitan las cuestiones en la corriente del debate, y así se limpian y purifican las doctrinas, así se despeja la ciencia de los errores, así la verdad se enaltece y justifica.

Esta Academia ofrece además una circunstancia que hace imposible la uniformidad de la opinion en ella. Por el reglamento de 1827, son académicos natos de esta

corporacion, los catedráticos de la Facultad de medicina, es decir, que la escuela de la facultad es tambien parte y no la menor de la Academia.

Pues bien, yo pregunto. ¿Los catedráticos de la escuela de Madrid, tienen todas las mismas doctrinas filosóficomédicas? ¿Profesan todos los mismos principios? ¿Hay entre ellos uniformidad de doctrina? ¿No encuentran los alumnos en cada clase un modo de pensar diferente?

Luego, si los catedráticos son al mismo tiempo académicos, llevarán forzosamente al seno de esa Academia la misma disidencia de doctrinas, y por poco que les ayuden en ello los demás académicos, la digresion no podrá ser mas completa.

Yo no creo que esos catedráticos opinen de un modo en la cátedra y de otro en la Academia, y si así fuere les aplicaria este cuento:

En nuestras guerras civiles iba un fraile con sus hábitos y las insignias de general de division. Al verlo un chulo dijo: ¿si el diablo se llevara al general, á dónde iria á parar el fraile?

Una cosa analoga digo yo á los que apelan á distinciones de posicion ó de cargos, para proceder como entidades diferentes.

Y no creais señores, que esa disidencia de opiniones sea un achaque deplorable, ni de la Academia de Castilla; es de todas las Academias, es de todas las escuelas, es de todos los cuerpos científicos; porque su disgregacion es el carácter culminante de la época.

Hace tiempo que no reina en el campo de la medicina la uniformidad de concepcion; no hay ninguna doctrina predominante, hay una multitud de doctrinas, una anarquía de principios, un caos de ideas.

En el templo de Esculapio se ven brillar los uniformes y trajes de todas las escuelas médicas, como la de todas las clases del estado en los salones de palacio en un día de besamanos.

Tampoco vayais señores á creer que esa anarquía solo reina en medicina; está reinando en todas las manifestaciones prácticas de la inteligencia y del sentimiento humano; y está reinando en todas ellas, porque reina tambien en la filosofia.

La época actual no es una época orgánica, es una época crítica, y la esencia de las épocas críticas es la pluralidad de concepciones, así como la de épocas orgánicas es la unidad.

Y por mas que ciertos hombres de vista miope no reparen la íntima relacion que existe entre el estado de la filosofia y el de la medicina, no por eso deja de ser una verdad práctica al alcance de cuantos sepan ver, que las concepciones médicas han sido, son y serán siempre el genuino reflejo de las concepciones filosóficas.

Hace algunos años, señores, que ya me lamenté públicamente de esa anarquía de opiniones, de esa falta de concepcion filosófica y de concepcion médica unitaria. Lo hice al inaugurar las tareas de la Academia de Esculapio en 1846; de esa Academia que aunque formada de jóvenes escolares, supo elevarse en pocos dias á una altura digna de semejantes instituciones, abriendo á la juventud entendida ancho y libre campo para ejercitarse en las lides literarias.

Allí dije hablando precisamente de las Academias, que

ninguna de ellas tenía uniformidad de doctrina, que si quiera tuviesen su reglamento, con su presidente y secretario, no formaban cuerpos compactos; que están dentro del salón de sus sesiones, como los granos de arena dentro de un vaso, que así como estos no por estar reunidos dentro de un vaso, forman un pedazo de granito, así los académicos, por reunirse en un salón no forman un cuerpo único y compacto; que ninguna Academia se reconoce por su lenguaje científico, por un idioma propio de su doctrina; que hablan todos los idiomas y tienen todos los lenguajes, y que en fuerza de hablar todos los lenguajes y todos los idiomas, cada una de esas corporaciones es una torre de Babel.

Si la Academia de Esculapio no hubiese muerto poco menos que de mano virada y hubiera seguido oyendo mi voz que la llamaba al trabajo, acaso á estas horas nos encontraríamos por lo menos en España mas cercanos á esa unidad de concepción que se quiere, pero que no se acierta á tener, y que no se tendrá seguramente, mientras haya quien se obstine á volver la espalda al porvenir, para dirigir su vista á las Oimpiadas, como si allí estuviese el áncora de salvación en el mar revuelto de las doctrinas actuales.

Por todo lo que llevo espuesto hasta la saciedad comprenderá el Dr. Santero, lo mismo que el *Siglo médico*, lo mismo que cuantos me hayan censurado por haber leído mi discurso en el seno de una Academia hipocrática, como no hay ni puede haber tal Academia, como yo no podía pensar que la hubiese, como tengo graves motivos para decir que esa sabia corporación no tiene ni puede tener ni por su fudole ni por la época actual, uniformidad de doctrina ni en puntos subalternos, ni en puntos fundamentales.

Si pude prever que algunos oirían con disgusto mi discurso, en primer lugar debí contar con su tolerancia, y en segundo lugar, pude esperar que otros me escucharían con agrado.

Que el Dr. Santero limite por lo tanto la honda sensación y la perturbación del ánimo á su personalidad, que no la estiende á otros y sobre todo á la Academia de medicina de Madrid; la Academia le quiere tan aislado como á mí; ha declarado que nuestras respectivas ideas son nuestras; que no se abroquele pues el vindicador de Hipócrates con ese respetable cuerpo, que no se haga con él una tronera ó una barricada; saiga al campo raso como yo, y venga á luchar conmigo sin mas prestigio que el suyo, que harto tiene; vénzame, si puede, en nombre suyo y no en nombre de una corporación que de ante mano le ha desautorizado para llevar en el combate esos poderes.

Resulta pues, señores, que si se me hace un cargo respecto del modo como he tratado á Hipócrates y á las escuelas hipocráticas, y ese modo consiste en que la Academia de medicina de Madrid es hipocrática, ese cargo es infundado; no tiene base ninguna; puesto que he probado hasta la última evidencia que dicha Academia no es tal cosa, ni lo ha sido nunca desde que existe.

Pero ahora quiero suponer que lo fuera, que hubiera en esa corporación uniformidad de doctrina y que esa doctrina fuese la que yo he censurado en mi discurso.

¿Sería por eso una temeridad, una audacia, una irreverencia venir al seno de la Academia á criticar la doctrina de Hipócrates y sus diversos sectarios, sobre todo, después de haber decidido celebrar sesiones públicas para debatir puntos controvertibles de la ciencia?

¿Quería ó nó de veras discusión? Sino no la quería, á que las sesiones literarias?.. Y si la quería, ¿porqué á la primera cuestión que se ha provocado, se ha producido esa honda sensación y esa perturbación en los ánimos que ha obligado al Sr. Santero á tomar la pluma y á la corporación á abrir esos debates de un modo bastante diferente del acordado?

Yo, señores, que por mis graves y numerosas ocupaciones por la hora en que la Academia celebra sus sesiones ordinarias, contrarias á mis costumbres domésticas, no puedo ayudar á mis compañeros en sus tareas tanto como quisiera, apenas se me invitó para que tomara parte en las discusiones públicas, me presté gustoso á ello, presenté mis dos proposiciones pedidas á cada socio, y una de ellas precisamente fué que la *restauración de la medicina hipocrática* es perjudicial á los progresos de la ciencia.

Es el mismo punto que campea en mi discurso inaugural; por eso dije que me presentaba como el primer justador en el palenque abierto por la Academia, y como lo hago siempre porque me precio de leal y caballero, entré con la visera alzada para que todos me conocieran, si ya no me determinaba el color de mi penacho, el mote de mi escudo y la intención de mi divisa. Que hay de irregular en ello? ¿Qué tiene eso de temerario y de irreverente? ¿En dónde está la audacia? ¿Será por el valor y nombradía de los mantenedores del palenque? Confieso que hay algo de temeridad en ello, si por ese lado se toma. Sí, en efecto, es temerario luchar con tan formidables campeones.

Mas si se pretende tomar el mero hecho de presentarme á la lucha, como una irreverencia, porque no soy hipocrático, y no tengo por Hipócrates una ciega adoración, lo rechazo desde luego. Semejante suposición es haceros un agravio.

Hubo un tiempo en que los reyes cristianos y los moros celebraban ciertos acontecimientos propicios, con torneos, sortijas, cañas y corridas de toros, y á las veces acontecía que se presentaba en el campo cristiano un caballero moro, ó viceversa, en el campo moro un caballero cristiano, pidiendo permiso para alancear un toro, correr una sortija ó pelear con el cuento de la lanza con el mantenedor del palenque.

Y aquellos caballeros, ora pertenecieran á la cruz, ora á la media luna, eran bastante hidalgos para admitir el adalid que se presentaba, si quiera fuese de otra religión; recojan el guante, no se desdénaban de luchar con aquel; aceptaban el reto sin alborotarse, ni llenarle de denuestos, acaso admiraban su valor y gallardía, y mas de una vez hasta aplaudían al caballero moro las damas cristianas, ó al caballero cristiano las hijas de los Emires de los Ulemas y los Caidés. Y si hemos de creer los romances, leyendas y novelas, mas de una vez la reina del torneo, al premiar al vencedor, derramaba sobre él una

mirada de fuego ó tiernas lágrimas, á pesar de la disparidad de las creencias.

Pues bien; ya que habeis abierto un campo para un torneo científico, suponiendo que los mantenedores de ese campo sois hipocráticos, y que lo es tambien el público ó los espectadores ¿por qué os alborozais en forma de guerra? ¿por qué antes de empezar la lid, infundís la alarma y permitís que se grite y alborote, como si estuviere el enemigo á las puertas, amenazando pasarlo todo á sangre y fuego?

¿Por qué en vez de llamar á eso audacia, temeridad, irreverencia, no imitais á esos cristianos y á esos moros, aceptando el combate en buena ley y como cumple á caballeros? ¿por qué no esperais el éxito de la lucha para imponerme condiciones, si me venceis, y para imponérsela yo, si salgo victorioso?

Yo concibo fácilmente, señores, que si uno fuera á una toldería de indios bravos ó á una puebla de salvajes, y sorprendiéndolos en una ceremonia religiosa, me burlase de su ídolo, le arrojara lodo en su altar y acabase por derribarle, se llenasen esos bárbaros de asombro, de escándalo, y acabasen á su vez por desollarme vivo.

Lo que yo no concebiría jamás; lo que yo no puedo concebir, es que no pareciéndome tan digno de veneración como á vosotros Hipócrates y su doctrina, y hablando de él y de esta como pudiera hacerlo de cualquier otro prohombre y de cualquier otro sistema médico, además de asombraros, os conmovais profundamente y se os perturbe el ánimo hasta el punto de igualarme casi á Lutero, cuando protestó contra las ordenanzas de Leon X, teniendo como por un crimen mi atrevimiento de poner en duda ó rebajar la celebridad del ídolo y la bondad de sus dogmas.

El Dr. Santero ha dicho en su discurso, que le place que asunto de tal importancia se haya presentado á la academia en el nuevo período que se abre á su historia; ha encontrado conforme á la lógica comenzar por los principios, puesto que así se deslindan los terrenos, se echan sólidos cimientos, y puede alcanzarse un resultado provechoso de uniformidad de doctrina, buscando una concepcion que satisfaga los ánimos filosóficos.

El mismo Dr. Santero, que en eso no será una autoridad recusable ni sospechosa, que no podrá calificarse de parcial, ha reconocido que no ha faltado tino en la eleccion de la materia; solamente se ha lamentado de que no haya ocupado la justicia el lugar que en su concepto se habia dado á la crítica apasionada.

De todas esas reflexiones se deduce lógicamente que, aun cuando fuera hipocrática la Academia y se hiciera consistir mi culpa en haberme presentado en ella á discutir sobre Hipócrates y las escuelas hipocráticas en la sesion inaugural y fuese realmente el modo, la causa de esa honda sensacion y perturbacion de ánimo de que nos habla el Dr. Santero, no está en esa primera parte del modo mi verdadera falta, dado caso que haya cometido alguna.

Puesto que se me tiene por culpable por el modo no por el fondo de mi discurso, y que lo que se me censura de ese modo no es el sitio ni la ocasion en que leí mi

discurso, pasemos al segundo extremo de los cuatro que he comprendido en su lugar.

¿Habrán causado, señores, esa honda sensacion de la Academia, esa perturbacion de los ánimos, mis frases poéticas, mis símiles y alusiones mitológicas, los adornos oratorios, en fin, de que se supone salpicado y sobrecargado mi discurso?

Creo que basta indicar ese aspecto de la cuestion para rechazar desde luego, como capitulo de tan grave culpa, un motivo tan fútil, tan insustancial y tan ridículo.

Reducido el punto á eso, se rebaja á una pura cuestion de gusto literario, á una falta de las reglas de la retórica; y puesto que sometida á la censura de un preceptor de tropos, algo exigente, difícil y aristárquico, no se habia de indignar tanto que tomara la palmeta ó las disciplinas para enmendar esos yerros: ¿por que toda una Academia se habia de conmover profundamente? ¿porqué se habian de perturbar los ánimos de los profesores por unos cuantos tropos, unas cuantas metáforas ú otras figuras retóricas mas ó menos y con mas ó menos gusto literario empleadas?

¿No conoceis, señores, que pensar eso seria hacer un agravio á la Academia y al sentido comun de los profesores españoles?

Aun no dando tanta proporcion ni importancia á esos supuestos defectos de forma, no habria razon para censurarlos con la acritud con que lo han hecho algunos, y ese afectado desden que manifiestan por las bellezas de diction calificándolas de ampulosas, gongorinas, gárrulas y como tales espuestas al error.

Si hay gentes que creen que las materias científicas deben tratarse con severidad y aridez de estilo, las hay tambien que consideran que lo cortés no quita á lo valiente; que el buen estilo y las galas de la diction no dañan por eso el fondo ni la verdad de las doctrinas, siendo tal vez un atractivo para que la juventud se consagre con mas ardor á ellas.

Los brillantes matices de las flores no sirven para fecundar las plantas y hacerles dar su fruto; pero llaman á los insectos cuyo belludo corcelete se empapa del polen de los estambres, arriman estos á los pistilos en tanto que con su trompa chupan el nectar del cáliz y volando luego á restregarse en otra flor no hermafrodita, la fecundan con el polen que se llevan, y así se realiza uno de los misterios mas admirables de la naturaleza.

¿Direis por eso que esa prodigiosa profusion de colores y matices que se complacen abril y mayo en derramar por las praderas y jardines, es una pompa inútil, una oda gongorina de la naturaleza?

Las flores del estilo, señores, embalsaman igualmente el templo de Esculapio que el de Vénus.

Las columnas del Partenon, de ese magnífico templo dedicado á la diosa de la sabiduría, destruido por los persas y reedificado por Pericles, en cuyo interior se levantaba la estatua de Minerva de oro y marfil, obra maestra del gran Phidias y cuyos suntuosos restos se admiran alla en el golfo de Eughia, eran corintias, y harto es sabido que el estilo corintio es la flor galana de la bella arquitectura.

— Cuando se trata de establecer un principio, de formular

lar una doctrina, de investigar la causa de uno ó mas fenómenos y explicarlos, nadie me gana en deseos de ser severo, riguroso en la eleccion de las voces; y en este caso jamás las uso en sentido figurado tan facil de procrear ontologías quiméricas; entonces uso de la prosa y prosa seca; pero cuando no se trata sino de dar mas realce, de poner mas en relieve las ideas en esposiciones de hechos ó apreciaciones de fenómenos que admiten, sin perjuicio de la verdad, así las formas humildes, como las galas poéticas, no tengo ningun escrúpulo en valerme de estas, y si no salen tan bellas como yo quiero, no es por falta de voluntad, sino de genio.

La ciencia es una matrona casta y modesta, es verdad; pero si en el hogar doméstico viste una simple túnica, no por eso le es licito faltar á la elegancia, y si sale en público no le sienta mal un manto mas vistoso.

Entre los que censuran en los asuntos científicos las bellezas literarias, los hay de imaginacion seca y árida como un corcho; y ya que no son capaces de dar una flor, califican de ridiculos los jardines, como califican de afinada a la compostura del trage, los cínicos Diógenes que al través de sus harapos revelan su orgullo y su desaseo,

¿Y acaso creen los que así me censuran que no prodigan ellos tambien las metáforas y los tropos? ¿Pues y donde nos dejamos lo del *Oráculo de Coos*, lo del *divino anciano*, lo del *padre de la medicina*, lo del *faro eterno* de la práctica, lo de la *fuerza medicatriz* lo de sus *luchas* con la *enfermedad* como si fueran *dos atletas* de los juegos olímpicos; lo de la *coccion*, lo del *cálido innato* lo mismo que los *gérmenes virulentos*, las *incubaciones*, las *trasmisiones* de enfermedades, la *potencia de los números* y en especial el núm. 7 á lo pitagórico, y tantas otras creaciones ontológicas, quiméricas y tropos y figuras retóricas que no solo son detestables, porque son esposiciones filosóficas y médicas de fenómenos fisiológicos, sino malas metáforas aun miradas bajo el punto de vista literario?

Y respecto de las alusiones mitológicas ¿quién habia de pensar que disgustáran á los hombres, que como los gentiles han hecho de Hipócrates un semidios, le han buscado el arbol genealógico en el campo de la fábula y hacen correr por sus venas la sangre de los Esculapios y los Hércules?

¿Y son esos semi-paganos los que vienen quejándose de que yo envuelva á Hipócrates entre nubes mitológicas!

¿Mas señores, aunque eso no fuese, aunque mi discurso pudiera tomarse con la mas ridicula de las composiciones de Góngora, de Gracian y tantos otros culteranos; podria tomarse por la verdadera causa de esa honda sensacion de la Academia, de esa perturbacion de los ánimos de los profesores españoles? Seria ello por demás risible, de consiguiente doy por concluido este punto y paso á otro.

Puesto pues, que tampoco los defectos de mi modo ó de las formas de mi discurso consisten en sus galas poéticas y mitológicas, veamos si residirá en el tono, ya general, ya de ciertas frases de mi escrito:

Se dice que es arrogante, y lanzados á calificarle los sabios redactores de cierto periódico han agotado su fa-

cundia, ya con párrafos de crónica, ya con artículos, y andan buscando adjetivos cada dia nuevos para demostrar su *imparcialidad fabulosa*, su *benévola tolerancia* y su *delicado procedimiento*.

Respecto de ciertos ataques de mal género motivados segun se dice por mi arrogancia, no replicaré ni una sola palabra, Señores, me estimo demasiado para entrar en contestaciones. Si se me ataca con razones dice Feijó en su *Teatro critico*, responderé á ellas; si con chocarrerías y dicterios desde luego me doy por vencido, porque jamás me he ejercitado en ese género de luchas. Otro tanto digo yo á todos los que me hieran de esa suerte.

Son como los reptiles venenosos y con estos no se lucha; se los aplasta, si tanto se arriman que quieren hincar el diente en parte sana, y el modo mejor de aplastar á los que así combaten es no hacerles absolutamente caso alguno.

En cuanto á los que creen que el tono de mi discurso es inconveniente, porque no lo he bañado en la fuente de la veneracion fanática con que muchos hablan de Hipócrates, responderé que en la mayoría inmensa de los párrafos de mi discurso, reina el tono que corresponde á los asuntos filosóficos, el que es propio de todo critico que es mas amigo de la verdad que de Platon, el que es natural en un hombre que tiene en poco el principio de autoridad y que en el uso de su razon se ha proclamado la santidad del libre exámen.

Cuando estoy convencido del error en que ha incurrido otro hombre, sea quien fuere, ni su gran reputacion, ni su gran mérito, disminuyen en mi el ardor por la verdad y el valor de sostenerla.

A mi me parecen gigantes los hombres, cuando con su genio y su trabajo descubren grandes verdades y saben hacer ventajosas aplicaciones de ese descubrimiento, cuando proclaman una doctrina que sobre revelar gran pujanza de ingenio y profundo estudio, reportaria la humanidad indispensables beneficios.

Mas cuando los veo agitarse en brazos del error, cuando formulan principios falsos, cuando sacan de los hechos consecuencias nada lógicas, cuando propagan doctrinas no solo insustanciales sino perjudiciales á los progresos y fines de la sociedad, ya no los veo gigantes, los veo pigmeos y escudado con mi razon, con mi lógica, con la verdad, ya que no me mire mas alto que ellos, los considero por lo menos á mi nivel, y de hombre á hombre no va nada.

Digo mas, una estatua colosal y bien esculpida, me admira y la aplaudo con franca y plena espontaneidad, pero no me paro ahí, voy dando vueltas á esa estatua y si le encuentro algun defecto, si por alguno lado ya no la veo perfecta, sin negarle mi entusiasmo ni mis aplausos por sus bellezas, no le perdono la crítica por sus defectos.

¿Creeis que es arrogancia hablar de Hipócrates como yo lo he hecho en mi discurso inaugural, porque ese nombre viene desde las Olimpiadas siendo objeto de la adoracion de todas las generaciones y siendo acatado por todas las eminencias médicas?

El Dr. Santero dice en su discurso, lo mismo que el Dr. Varela en sus artículos insertos en el *Siglo*, lo mis-

mo que este periódico y lo mismo que dirán cuantos no acierten á desprenderse de su apego al principio de autoridad, para mí de ninguna fuerza en ciertos casos, por no decir en todos, que Hipócrates ha merecido de todas las generaciones y los hombres mas notables de la ciencia una ovacion general sostenida en todos los siglos.

Voy á leer señores, algunos párrafos del discurso del Dr. Santero, porque yo tengo fe en la memoria y no quiero que se diga que desfiguro el sentido de sus palabras.

»Este hecho que está reconocido, probará acaso en la dilatada familia médica, un torpe fanatismo que raye en idolatría? ¿Será que el buen sentido haya abandonado á los médicos de tantas edades y países y precisamente á los mas respetables por la bondad de su práctica, trabajos clínicos y preceptos, hasta el punto de pagar tributo inmerecido á un sistema que carezca de espíritu filosófico y se fuede en la falacia en vez de la verdad?»

»Páreceme que sería atrevimiento sobrado, y no muy cuerdo, el juzgar de tal modo la opinion unánime de los doctos en larga série de experimentados siglos: cuando la generalidad aprecia, con criterio para ello, algun valor en las cosas, no hay duda de que la tienen, ó la humanidad perdió el tino.»

»Una secta, un pueblo, una generacion, hasta un siglo, pueden levantar el prestigio de un hombre por la fascinacion que ejerzan sus palabras, por el halago que en sus creencias, sentimientos y aspiraciones pueden producir sus obras; pero, ¿qué reputacion que no esté acrisolada en la legitima bondad de sus merecimientos, resiste la dura prueba del tiempo con su creciente experiencia, del criterio secular con su ilustrada madurez?»

»A Hipócrates no le han divinizado las generaciones médicas, porque, el saber aborrece la idolatría; porque el fanatismo es enemigo de la razon y de la verdad. Pero le han guardado con perseverancia el gran respeto que se merece como autoridad, por haber echado los cimientos de la ciencia sobre terreno inmóvil; por haber enseñado á la posteridad el camino que conduce al claro campo de la certidumbre, que él encontró felizmente porque la buscó sin prevencion; y por haber, en fin, conseguido en sus escritos, principios tan eternos como la misma verdad que representan.»

De estos párrafos el Dr. Santero, deduce que por haberme opuesto al voto de tantos y tan respetables doctos con criterio, supongo que les ha faltado el *sentido comun* que la humanidad ha perdido el tino, y eso en concepto de S. S. es *sobrado atrevimiento no muy cuerdo*.

Ya mas arriba el Dr. Santero, se habia despachado á su gusto y eso que no quiere réplicas fogosas, ni provocar polémicas ardientes, diciendo lindezas de los que han atacado á Hipócrates, y designando con ciertos epítetos á alguno de ellos. El *atomista* Asclepiades de Bitinia, el *charlatan* Thésalo de Tralles, el *insensato* Paracelso, el *soberbio* Rascori, el *iluso* Hanhemann.

Yo soy otro de los que atacan la doctrina hipocrática. No sé que calificación me reserva S. S.

El Dr. Santero, »Ninguna.»

Me alegro que S. S. haga esa declaracion solemne, porque así no consideraré como dirigidas á mí esas califica-

ciones de *sobrado atrevimiento, no muy cuerdo, estravios de razon y detractores* que en varios de sus párrafos se leen, al hablar de los que no están conformes con Hipócrates, siquiera se aluda en esos párrafos á proposiciones mías, y que por lo mismo el público pudiera aplicarme esas calificaciones.

Respecto de los párrafos que he leído y de todos los que se relacionan con ellos, contaré á mi buen amigo el Dr. Santero, que ha contado acaso mas de lo debido con ese argumento que á S. S. le parecerá sin duda irrefragable y concluyente por mas que esté basado en el principio ya caduco de la autoridad, que ya no sea propio de un filósofo moderno y que haya servido siempre para apoyar y defender todos los errores conocidos.

Voy pues á hacerme cargo de esa argumentacion al parecer tan formidable, y que en concepto del doctor Santero y los que opinan como él, pone mas de manifiesto mi arrogancia.

Antes de entrar seriamente en la refutacion de esa manera de discutir, ya bastante rancia, permítame S. S. que le cuente una especie de cuento que puede servir de apólogo, tomado de nuestro sábio benedictino el Padre Maestro Feijó, no sé si del *Teatro Crítico* ó de las *Cartas Eruditas*.

En cierto lugar habia una capillita donde los fieles veneran, desde largos años ó siglos, venerando los huesos de San Agamemnon. (1) La piedad de los devotos respetaba esas reliquias y no recuerdo bien si tambien se les atribuía algun milagro y la curacion de ciertos males. No tendria nada de extraño, porque eso es bastante comun entre las gentes sencillas é ignorantes.

A nadie le habia ocurrido dudar de la verdad y fundamento de aquel culto, hasta que al fin un sujeto mas curioso ó menos crédulo, que so ver esas reliquias; echó abajo el tabique que guardaba los huesos de San Agamemnon y con asombro suyo se encontró con el esqueleto de un perro.

Averiguado el caso, supo que el antiguo dueño de aquella finca habia tenido un perro llamado Agamemnon, por cuyas buenas prendas era muy querido del amo, y al morir, este le hizo construir un nicho en forma de capilla.

Andando el tiempo se olvidó este hecho natural y sencillo; la tradicion vulgar siempre amiga de maravillas y cosas novelescas fué mudando la historia del hecho y llegó un dia en que los huesos del perro se tuvieron por huesos de un santo y que el nombre del animal se convirtiera en San Agamemnon.

Desde entouces toda la comarca veneró el lugar como sagrado y si á dicho curioso ó poco crédulo no le hubiese ocurrido averiguar la realidad del hecho, acaso hasta hoy día se seguiria rindiendo culto al esqueleto del perro Agamemnon, canonizado por la ignorancia del vulgo.

Si, cuando se descubrió ese gracioso *quid pro quo*, la turba multa, hubiera dicho al que trató de desengañarla, advirtiéndole que estaba rindiendo culto al esqueleto de un perro, ¿cómo pretendes que esos huesos sean de

(1) Siéndome infiel la memoria en aquel acto dije San Panteleon, y luego me recordó un amigo que es San Agamemnon, y es así en efecto.

ese animal y no de San Agamemnon, cuando hasta aquí nadie ha oído proferir semejante cosa, cuando toda la comarca y los transeuntes hace años que están venerando piadosamente esas santas reliquias, querrás tú, orgulloso y arrogante, hacer valer tu opinion particular y personal contra la de tantos y tan respetables votos que la condena? si, repito; si le hubiesen hecho á ese curioso tales obserbaciones, que hubiese contestado? Muy sencillamente. A mi me importa muy poco que toda la comarca y todos los transeuntes crean que son de San Agamemnon los huesos que por espacio de tantos años, venís venerando; lo que yo veo es que son los huesos de un perro. Decidme si eso es verdad ó no; si no son de ese animal, yo seré un bárbaro, y si lo son, vosotros sois unos bestias.

Yo pregunto al Dr. Santero, si se hubiese hallado en ese lugar, y hubiese presenciado esa disputa, á la sazón en que se exhumó el esqueleto de aquel falso santo, ¿á qué lado se hubiera inclinado S. S.? ¿Al de los que afirmaban que aquellos huesos eran de San Agamemnon, porque todos lo habian así creído, ó al lado del exhumador que afirmaba ser el esqueleto de un perro?

Pues apliquemos el caso á nuestro asunto. Yo quiero su poner por un momento que hasta el dia 16 de enero de este año, nadie haya dicho lo que yo acerca de Hipócrates y su doctrina, y que durante los dos mil doscientos años, que fue sepultado el patriarca del arte, hubieran estado unánimes todos los médicos grandes y chicos en prestarle adoracion ú homenaje, y que al levantarme yo para decir y hacer lo contrario, se me venga diciendo ¿quien soy yo para oponerme á esa opinion unánime y compacta de tanto y tan autorizado voto?

Respuesta mia muy sencilla tambien. Ó lo que yo he dicho es verdad, ó no es. Si no lo es, con el pecado llevaré la penitencia: nadie hará caso, de mí, y punto concluido. Mi discurso pasará al olvido, nadie se acordará de él, y seguirá la suerte de tantos otros que han muerto, desde el momento que su autor acabó de pronunciarlos. Mas, si es verdad, ¿qué importa que hayan creído y dicho lo contrario generaciones enteras y los hombres más eminentes de los tiempos pasados y presentes. ¿Dejará por ventura por eso de ser verdad lo que yo haya dicho, y error y grande error lo que han dicho los demás? ¿Se abandonará la verdad por el error, solamente porque soy yo el único que la proclama? No, seguramente; así como por ser uno tan solo el que aseguraba que los huesos exhumados eran el esqueleto de un perro, toda la turba mu'ta no pudo hacer que fueran los de San Agamemnon.

El Dr. Santero debía haberse fijado un poco más en el epígrafe de mi discurso inaugural, en ese apotegma que tomé de Séneca, *cæstimus iudicia, non numeres*. Aprecia los juicios, no los cuentes. Muy á propósito y con toda intencion, tomé esa sentencia del maestro de Neron; porque ya preveía que se me habia de hacer ese argumento de autoridad, el primero y muy á menudo el único con que se quiere combatir toda idea nueva, y como el más á propósito para hacer efecto en los ánimos del vulgo, en el de todos aquellos que encuentran más aceptable creer que discurrir.

Arrogante podrá parecer el empleo ó recuerdo de ese sábio apotegma; pero ved si no hay frecuente necesidad de recordarle, y si no lo hay en el asunto de mi discurso inaugural.

No vaya á creer el doctor Santero que me contento con lo dicho para destruir la fuerza de su argumentacion, tengo tanta abundancia de recursos que bien puedo considerar, y permitidme la metáfora, que está llena de gordura mi causa.

Lo primero que diria á S. S. igual que á todo el que discorra del propio modo, entrando ya en la refutacion sería, que yo no ignoro lo que han dicho y hecho la, generaciones y los hombres eminentes respecto de su idolatrado Hipócrates.

Creo saberlo un poco más que S. S., por lo menos, que no le he echado tanto en olvido, á pesar de que no he sido traductor de otro traductor de los escritos hipocráticos, ni me puedo contar entre los innumerables autores que han comentado esos escritos con más ó menos saber erudicion é ingenio.

Y si digo que creo saberlo mejor, que no lo he olvidado por lo menos tanto, es porque en esos párrafos que he leído, lo mismo que en todos los demás en que se hable del asunto, le veo confundir lastimosamente cosas que deben estar muy separadas, le veo engendrar con esta confusion una monstruosidad que Breschet llamaria *sinphisia*.

S. S. confunde, como si fueran cosas iguales, el respeto, la veneracion, la importancia que se ha dado y debido dar á Hipócrates como una justa celebridad del arte, como un prohombre de la ciencia, como un sábio de talento y aplicacion, como una figura de gran talla, colocado en las Olimpiadas donde brilla tanto más, cuanto que ora porque en realidad no se levanta otra á la sazón, ora porque no han dejado vestigios en la historia, se nos presenta como yo le he presentado, representante de una época científica, síntesis de la medicina oriental y griega, con la aceptacion completa de su doctrina, con el asentimiento unánime á sus principios, con la afirmacion de que todo cuanto dijo é hizo es la verdad, el *non plus ultra* del acierto y la grandeza en medicina.

Yo que no acepto la doctrina de Hipócrates, que no la encuentro suficiente ni acertada, que no la puedo tomar como un faro, ni como una guía, que ni en filosofía ni en medicina me parece propia de los médicos del siglo XIX, le respeto sin embargo, y me asocio al coro general de los aplausos y felicitaciones, como hombre sábio, como médico ilustre, como sumidad del arte, como génio práctico, como celebridad, en fin, de mérito relativo, porque yo no llevo mi crítica hasta punto tal de intolerancia estúpida, que niegue talento, génio y saber á los adversarios de mis doctrinas, ó de mi modo de ver las cosas. Y sin embargo, yo que me asocio al coro general para aplaudir, respetar y venerar en Hipócrates al hombre sábio, y al médico ilustre, al gran práctico, no acepto su doctrina, no admito sus principios, no sigo su práctica, ni la creo propia para proclamarle fundador del arte y autor de todo lo bueno y cierto que puede haber en la ciencia.

De ese respeto, que arranca la justicia y la tolerancia, al ciego acatamiento á todo cuanto dijo, á la idolatría de su nombre y su doctrina, á tenerle por autor de todo lo verdadero y factible que la ciencia encierra, negando el progreso y los títulos que tienen á él las generaciones posteriores, hay una distancia inmensa; quien confunda una cosa con otra en la historia y en la crítica, no está hecho, ni para la crítica ni para ver las páginas de la historia.

Pero todavía puedo decirle mas al Sr. Santero, y es que no todas las generaciones, no todas las eminecias del arte han prestado á Hipócrates esa veneracion que S. S. supone. Que abra los ojos á la clara luz de la razon, que hojee las páginas de la historia, y esta le dirá claramente, que lo que se ha venerado en Hipócrates, que lo que se ha respetado en él, hasta por los mismos que no han seguido sus doctrinas, es lo que acabo de indicar, lo mismo que he consignado en mi discurso inaugural, la importancia histórica, el mérito relativo, la justa celebridad de que gozó en sus dias, lo bueno é imperecedero que háya dejado en sus obras; jamás la creacion del arte, jamás la adivinacion de los adelantos futuros, jamás la fórmula única é invariable de la ciencia, jamás la espresion terminante de todo lo fundamental y dogmático de la misma.

El Dr. Santero no ignorará que, apenas pasó la medicina de Hipócrates á Alejandría, se quedó reducida á una rama del árbol, siendo cuatro las que allí echó. Todos los sectarios de las tres escuelas disidentes no tenían á Hipócrates en mas estima, que la que se tiene al hombre sabio por su saber y sus talentos, cuando son tolerantes, cuando no son injustos sus adversarios.

Tampoco ignorará que Galeno el gran Galeno siquiera continuase la escuela dogmática é hipocrática, la modificó notablemente, bajo muchos aspectos, y dicho se está que, si la modificó, no la aceptó doctrinalmente, en todos aquellos puntos, sobre los cuales el médico de Pérgamo juzgó oportuno dar otro rumbo á las doctrinas.

Tampoco ignorará el Dr. Santero que la modificaron los compiladores del Bajo Imperio, mas los árabes, y que hasta la aparicion de los fugados de Constantinopla, los médicos del Occidente no se hicieron hipocráticos.

Tampoco ignorará el Dr. Santero que el gran movimiento dado á la Europa en tiempo de los Médicis, de Leon X, Clemente VII, los Sforza, los Urbino y otras familias poderosas de Italia, no menos amigas de las ciencias y los sábios, hácia el estudio de las lenguas occidentales, y notablemente las de los Helenos, volvió á dar vida á las ya olvidadas obras de Hipócrates, propagándose á los médicos el mismo afán de estudiar las obras originales de la Grecia, á lo cual se debió la primera restauracion hipocrática, influyendo no poco sin duda en ello, el encontrar en esas obras el espíritu de libertad de las repúblicas griegas, que debia acomodarse al de emancipacion que palpitaba en los pueblos italianos en esos dias.

Tampoco ignorará el Dr. Santero que los hipocráticos del siglo XVI revivaban por todos sus cuatro costados el espíritu de la escolástica, que el aristotelismo y arabismo se trasparentaba en los espositores y comentadores

del grande oráculo, ni las luchas acaloradas entre los arabistas é hipocráticos, el ruido que movieron sobre el modo de sangrar ó el sitio de la sangria, los altercados de Brissot y sus antagonistas, y la parte que se hizo tomar á Felipe III en la enseñanza ó la lectura en las aulas de Hipócrates, Galeno y Avicena.

Tampoco ignorará que hubo conciliadores de ambos bandos, que la doctrina del maestro tornó á decaer, que pasó el vértigo de los comentarios y esposiciones, que España agotó toda su fuerza en parafrasear las obras del divino anciano, y que á la aparicion de Bacon y de Descartes, la medicina dividida entre yaatroquímicos y ya-troma-témicos abanderados por los Boerhaave, los Borelli, los Willis y los Baglivo, se bifurcó en un sistema espiritualista por los Stahl, los Bordeu y los Barthez y en un sistema esperi mentalista ó empírico, á cuyo frente se puso Sydenham; el Hipócrates inglés, al cual fué debida la segunda restauracion hipocrática, la que mal hubiese podido restaurarse, si hubiese seguido pujante y victoriosa.

Tampoco ignorará que desde el siglo XVIII han aparecido varios sistemas médicos, los cuales han ido teniendo sucesivamente gran boga, dominando las escuelas y las prácticas, que han levantado nuevas banderas no tenidas por hipocráticas los Brown, los Pinel, los Broussais, los Laennec, los Rostan, los Rasori, los Louis, los Hanhemann y otros muchos, todos los cuales no serian continuacion de la escuela de Coos, cuando la Montpellier se ha obstinado en calificarlos á todos de peligrosos innovadores, aferrándose á su viejo hipocratismo, modificado por Bordeu, Barthez y últimamente por Lordat, hipocratismo que no ha debido satisfacer á otros partidarios del oráculo, puesto que se ha levantado en Paris otro flamante, mas estaliano que el de Montpellier, contra el cual está en tan viva lucha como con la demas escuelas no hipocráticas del Sena.

Esta reseña rápida que acabo de hacer de la historia y vicisitudes de la medicina hipocrática demostrará con hechos irrefragables al Dr. Santero y á cuantos como él opinen: que no todas las generaciones médicas, ni todas las eminencias del arte han prestado á Hipócrates, mejor diré á sus doctrinas, tanta adhesion y acatamiento como ha supuesto S. S.

Todas las escuelas y todos los grandes médicos que se han separado de Hipócrates, no han reconocido su autoridad ni la intachable escelencia de sus doctrinas; podrán haberle respetado como la tolerancia lo exige y como lo quiere la justicia respecto de los adversarios; han venerado en él su saber y sus talentos, pero no han seguido sus principios ó los han modificado, y separándose bajo este punto de vista de él, han declarado claramente que le sujetaban á la critica, á la censura, dando sus razones no solo teóricas sino prácticas, para apartarse de la doctrina de ese prohombre de la ciencia.

¿Calificará el Dr. Santero á todas esas escuelas, á todos esos hombres del arte de charlatanes, de aventureros, de soberbios, de ilusos ó de cualquier otro modo desfavorable, porque no se han adherido servilmente á lo que dejó establecido Hipócrates? Semejante modo de juzgar no mereceria contestacion seria alguna, porque seria un

arranque de intolerancia solo propio del que se deje dominar por el espíritu de secta.

Los mismos hipocráticos, los que mas se han preciado de ser discípulos genuinos del grande Hipócrates, le han modificado mas ó menos, como ya lo dije en mi discurso inaugural, nadie me ha probado ni probará lo contrario; nadie si quiere ser fiel á la historia, si quiere hacer una análisis exacta de todas las escuelas hipocráticas, desde que las doctrinas de Hipócrates pasaron á Alejandria, hasta la actualidad, me probará que no las hayan modificado de tal suerte, que ni el mismo Hipócrates las conociera.

¿Y qué es una modificación sino una crítica, qué es sino una censura, una declaración implícita y explícita de que la doctrina del maestro no es exacta tal como él la estableció?

Todo lo que se diga sobre este punto en contra de mis asertos y no sea demostrar con la análisis crítica de la doctrina de cada escuela hipocrática ó de cada uno de los infinitos hipocratismos que se coacocen en la historia no será jamás una contestación á mi discurso, mi afirmación quedará en pié sin haber perdido nada de su fuerza.

Resulta, por lo tanto, que ese argumento que ha hecho el Sr. Santero, fundado en la opinion general de las generaciones y las eminencias del arte, para calificar de sobrado mi atrevimiento y no muy cuerda mi conducta, ha sido presentado por S. S. de un modo enteramente contrario á la historia y á la verdad, se ha desfigurado el hecho á beneficio de una deplorable confusión, se ha esplotado un sentimiento de tolerancia y deferencia á la persona, teniéndole como una adhesión á las doctrinas, se le ha hinchado para anmentarle el volúmen, pero eso no quita que sea un volúmen de mirinaque.

Mas, ahora quiero suponer que en efecto todas las generaciones y todos los hombres eminentes del arte, hayan considerado á Hipócrates como lo pretende el Dr. Santero: que lanzado á rebuscar en una multitud de obras, textos que prueben no solo frases y calificaciones favorables y laudatorias para el sabio, sino tambien para sus doctrinas, las aumente á manos llenas y que de toda esa larga cita resulte todo lo contrario de lo que yo tengo escrito sobre este punto.

(Se continuará)

SECCION DE VARIEDADES.

CRONICAS.

La Junta municipal de beneficencia de Madrid ha tenido la atencion de rer tirnos un estado de los enfermos, partos y abortos a los durante el mes de febrero, por los profesores del cuerpo facultativo de hospitalidad domiciliaria, cuyo resumen es el siguiente: Enfermos asistidos á domicilio 1344 Hem en las casas de Socorro. 1503 Partos y abortos asistidos á domicilio 133 Idem en las casas de Socorro. 2 Accidentes socorridos por los profesores de guardia permanente. 44

Total general. 3026

Proporción centesimal de los enfermos asistidos á domicilio que han curado y muerto en este mes: curados, 53,168; muertos, 5,008.

Examinando detenidamente el estado y colocando las parroquias por el número de enfermos, resulta en primera línea la de S. Lorenzo, que ha dado en dicho mes 330; á la que sigue S. Milan con 169; S. Andrés con 151; San Ildefonso, 144; S. Marcos, 112; S. José, 101; San Sebastiao, 82; S. Martin, 77; S. Luis, 46; Chamberí, 41; Santa María, 24; S. Justo, 18; S. Ginés, 17; Sta. Cruz, 12; S. Nicolás y Santiago, 11; y S. Pedro 9.

De estos datos se desprende bien claramente lo que ya en otra ocasion tenemos manifestado y que reproducimos hoy llamando la atención de la Junta municipal, que no dudamos procurará arreglar este servicio con la equidad y conveniencia necesaria tanto para los profesores como para los enfermos. Resulta, decimos de los siguientes datos, la necesidad de distribuir las secciones para la asistencia domiciliaria, no por el número de almas que tenga cada parroquia, sino por el de pobres, ó asignar mayor número de facultativos á aquellas que cuentan un número considerable de indigentes en su feligresía; como son, S. Lorenzo, S. Andrés, S. Milan, San Ildefonso y S. José; pues aunque hoy tienen algunas de ellas cuatro profesores, no son suficientes para desempeñar este servicio, á menos que desatendan otras ocupaciones y su visita particular. Las parroquias de S. Lorenzo y S. Milan, dan á cada profesor de los cuatro que tiene asignados, más de 20 y 30 enfermos, á veces 40 diarios, mientras que las de S. Pedro, Sta. Cruz, Santiago y algunas otras, á lo sumo darán de 4 á 6 ú 8; notable desproporción que se comprueba por las cifras consiguadas en el estado, y que no dudamos llamará la atención de la Junta, y tratará de remediarla en cuanto es posible.

Monte-pío Facultativo.

Secretaría general.

Habiendo aprobado la Junta de Apoderados el Reglamento que, en virtud de la autorización que le estaba conferida por el artículo 17 del Capítulo adicional de los Estatutos debía formar en union con la Directiva, se insertará en el próximo número de EL SIGLO MÉDICO, que está declarado por el espresado Reglamento periódico oficial de la Sociedad.

Madrid 24 de marzo de 1859.—El secretario general, Luis Colodron.

ANUNCIO DE ADMISION.

El dia 22 del corriente ha sido admitido socio, con ocho acciones que tiene solicitadas de 3.ª clase, que le corresponden por su edad, el profesor de medicina don Félix Vergara y Rodriguez, residente en Villaseca de San Leonardo, con la restriccion del Reglamento, con respecto á la hija que tiene.

El interesado, á quien se anuncia con esta fecha su admision, debe satisfacer el primer pago de cuota de entrada hasta fin de junio próximo, en la tesorería de la delegada de Madrid, ó librar su importe á la general, á cargo de D. José Rodrigo, en esta secretaría, calle de Sevilla núm. 14, cuarto principal.

Madrid 25 de marzo de 1859.—El secretario general, Luis Colodron.

Por lo no firmado, Alonso.

Editor responsable, D. Andrés del Busto.